

CAPITULO 3
MORAL SOCIAL VIGENTE:
EL «PRINCIPIO BABILONIA»

3.1. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Ahora debemos dar un paso más. Es necesario descubrir los mecanismos del mal.

Leemos en el periódico:

«El ejército salvadoreño disparó indiscriminadamente contra la población civil y quemó los cultivos de campesinos del departamento de Morazán, al tiempo que informó Radio Venceremos que decenas de jóvenes están siendo víctimas del reclutamiento forzoso en la zona central del país... Asimismo, como resultado de una violenta reaparición de los llamados escuadrones de la muerte, ultraderechistas, fueron encontrados hoy los cadáveres de tres personas muertas a tiros en la zona sur de San Salvador... Entretanto, el arzobispo de El Salvador, Arturo Rivera y Damas, pidió hoy a los "responsables de la estructura de opresión" en el país que crean en el diálogo por la paz» (El Dfa, México, 18 de febrero de 1985, p 13).

Leemos en la Sagrada Escritura:

«Tenía en la mano una copa de oro llena hasta el borde de abominaciones y de las impurezas de su corrupción; en la frente llevaba escrito un nombre misterioso: la Gran Babilonia, madre de las ramera y de los males de la tierra. Vi que la mujer estaba ebria de la sangre de los consagrados y de la sangre de los mártires de Jesús. Al verla me quedé asombrado. El ángel me dijo: ¿Por qué razón te admiras: Te explicaré el simbolismo de la mujer y de la Bestia que la conduce» (Ap 17,4-7).

El mal, el pecado, tanto el individual subsumido en el social o el social en concreto e históricamente, se organiza o se «institucionaliza». Se trata, exactamente, de pensar el misterio de las revelaciones del Apocalipsis, hoy más actual que nunca. El Dragón, la Bestia, los reyes y autoridades a su disposición, sus enviados o ángeles, sus servidores, sus costumbres, leyes, virtudes. Todo un «orden», el de este mundo -como categoría- y de su moralidad vigente.

3.2. DISTINCIONES NECESARIAS

Deseamos dar a algunas palabras una significación especial, no porque tengan este contenido que le daremos aquí en la vida cotidiana, sino porque necesitamos precisión sólo a los fines de nuestro discurso.

En primer lugar, las palabras «moral», «moralidad», etc. -de origen latino-, indicarán en este trabajo el sistema práctico -del orden vigente, establecido, en el poder (véase 3.3). Por «ético», «eticidad», etc. -de origen griego-, se significará el orden futuro de liberación, las exigencias de justicia con respecto al pobre, al oprimido, y su proyecto de salvación (histórico -véase 1.9- o escatológico -véase 1.10-). De tal manera que algo puede ser «moral», pero no «ético», y viceversa. Ya veremos todo esto con toda claridad en el transcurso de los siguientes parágrafos.

En segundo lugar, las palabras «social» vigente, «socialidad» y aun «sociedad», tendrán una significación restringida, negativa, e indicarán lo «mundano», la condición del individuo, el trabajo, etc., dentro del orden vigente de dominación, de pecado. Por el contrario, «comunitario» o «comunidad» indicarán el cara a cara de personas en la relación de justicia. Un orden utópico que permitirá criticar lo «social» vigente. Por ello hemos denominado esta obra «*ética comunitaria*» y no «moral social» vigente.

De esta manera, una praxis puede ser «buena» para la *moral* vigente, pero «mala» para una ética de la liberación. Jesús fue blasfemo, perturbador del orden social, digno de morir, es

decir, «malo» para el orden de los valores dominantes de los «ancianos, sacerdotes y escribas», para el mismo Herodes (el gobierno patrio) o Pilato (la ocupación imperial).

3.3. «ESTE MUNDO»

La palabra «mundo» (*kósmos* en griego) significaba en el Nuevo Testamento el universo, el lugar de la historia única, la humanidad, un cierto «orden». Nos detendremos, sin embargo, en un sentido de «mundo» que dice relación más directa a nuestro tema.

«Este mundo» es una realidad y una categoría. «Mi Reino no es de *este mundo*, si mi Reino perteneciera a *este mundo*, mis ejércitos hubieran luchado para impedir que me entregaran a manos de las autoridades judías» (Jn 18,36). En este sentido, «mundo» es una totalidad práctica, un sistema o estructura de acciones y relaciones *sociales*, vigentes, dominantes, bajo el imperio del mal, del Maligno. Es Egipto como *sistema de prácticas* ante Moisés; es la monarquía de Israel ante los profetas; es el reino de Judea ante Jesús; es la cristiandad como ciudad terrena; es el sistema feudal ante san Francisco; el capitalismo a los ojos de los oprimidos hoy...

Dicho «mundo» tiene al diablo, a Satanás, al Dragón, por principio y autoridad: «El príncipe de *este mundo*» (Jn 12,33; 14,30). El Dragón (el diablo: Lc 4,5-6) dio el poder a la Bestia (Ap 17,12). y así «el mundo entero está en poder del Maligno» (1 Jn 5,19). «El espíritu del mundo» se opone al «Espíritu de Dios» (1 Cor 2,12). Por ello, «todo lo que hay en el mundo: bajos apetitos, ojos insaciables, arrogancia del dinero, nada de esto procede del Padre, sino que procede del mundo» (1 Jn 2,16).

El «mundo» está cerrado sobre sí, totalizado, fetichizado: es «el pecado del mundo» (Jn 1,29). El mundo odia a Jesús (Jn 15,17ss) porque él manifiesta «que suS' maquinaciones son perversas» (Jn 7,7).

3.4. LA «CARNE»

De la misma manera, la «carne» (*basar* en hebreo) puede significar en la Biblia los músculos, el cuerpo, todo el hombre, el lugar donde surgen los deseos (como para Epicuro), etc. Aquí nos detendremos en su sentido más fuerte.

La «carne» es igualmente (como el «mundo») un orden, un nivel: es lo natural, lo humano. «De la carne nace carne» (Jn 3,6). Por ello «la carne es débil» Mt 26,41). Es en la «carne» donde residen los deseos del orgullo, la idolatría, el dominar al otro como instrumento: «No fomentéis los deseos de la carne» (Rom 13,14).

La «carne», así entendida, es el orden del pecado: «Cuando estábamos sujetos a la carne, a las pasiones del pecado, que atiza la ley, activaba a nuestros miembros en las prácticas de muerte» (Rom 7,5). La carne es el aspecto subjetivo, pasional, donde se ejerce el imperio del mundo: estoy sujeto -dice Pablo- «por la carne a la ley del pecado» (Rom 7,25). El mundo tiene su estructura, su ley, sus costumbres, a partir de las cuales «ellos juzgan según la carne» (Jn 8,15). El hombre en tanto «carne» es miembro del mundo como sujeto del pecado (Rom 8,13ss; Gál 4,23). Es una lucha entre la «carne» y el «Espíritu» entre el saber humano o camal y la locura de Dios (1 Cor 2,6-14).

En la totalidad del *sistema de prácticas* del mundo, como realidad objetiva y social, el sujeto «carnal» desea la permanencia del orden, que exige, por otra parte, su propia justificación al invocar a los «dioses» como su fundamento. La «carne» se idolatriza en el reino de «este mundo» y promulga su ley, su moralidad, su propia bondad.

3.5. EL «PRINCIPIO BABILONIA»

En la teología hebreo-cristiana originaria existía una categoría que expresaba la *totalidad* estructural de las prácticas del pecado. En cada momento histórico asumía concretamente diversa fisonomía, pero su esencia era analógica.

El mundo, según los dictados de la carne, en tiempos de Moisés era Egipto. Por ello Dios declara: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos» (Ex 3,7). «En Egipto» es una categoría. De igual manera la monarquía se funda en la idolatría. Dios dice a Samuel, el profeta: «Como me trataron desde el día que los saqué de Egipto, abandonándome para servir a otros dioses, así te tratan a ti» (I Sam 8,8). El nuevo orden, el sistema de las prácticas de los reyes, constituirán al pueblo como la masa oprimida: «¡Vosotros mismos seréis sus esclavos! Entonces gritarán contra el rey que se eligieron, pero Dios no les responderá» (I Sam 8,18).

Después vendrá otra experiencia del pueblo en sufrir la opresión: el cautiverio en Babilonia: «Toda esta tierra quedará desolada y las naciones vecinas estarán sometidas al rey de Babilonia» (Jer 25,11). «Babilonia» significa el orden de la opresión, del demonio: «A todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, esclavos y libres, hizo que los marcaran en la mano derecha o en la frente» (Ap 13,17).

El sistema se cierra sobre sí mismo, su proyecto histórico viene a ocupar el lugar del proyecto humano en general; sus leyes se tornan naturales; sus virtudes, perfectas, y la sangre de los que le oponen resistencia, como los profetas o los héroes, es derramada por el sistema como la maldad o la subversión total.

3.6. EL SISTEMA DE PRÁCTICAS MORALES

Esencial para una ética de la liberación es poder comprender con claridad la situación «desde dónde» parte la praxis de liberación misma. Parte del pecado, del mundo como sistema del pecado, de la carne como deseo idolátrico, de un sistema que, sin embargo, es moral, tiene su moral, tiene su conciencia tranquila, justificada.

Todo sistema de prácticas vigentes, dominantes (desde Egipto o Babilonia hasta Roma, las cristiandades, la sociedad capitalista y hasta algunos «socialismos reales»), establece las

propias prácticas como buenas. Como su proyecto (su fin, su *télos*, su *beatitudo*, decían los teólogos latinos) se confunde con el «bien humano perfecto» en cuanto tal, las normas que exigen su cumplimiento son ahora «ley natural» (p.ej.: «No robes la propiedad privada a tu prójimo», en el capitalismo desde el siglo XVIII), sus virtudes se imponen como las supremas (el hábito del «ahorro», como virtud, en nada recuerda la usura o la avaricia del feudalismo) .

Así aparece un *sistema moral* «vigente» (no importa que en su origen, y para su subsistencia, haya un pecado originario e institucional de dominación en todos los niveles) (véase p.ej., 12.3). El que cumple dicho sistema en sus prácticas, sus normas, sus valores, sus virtudes, sus leyes, es un hombre bueno, justo, meritorio, alabado por sus semejantes.

De esta manera se ha producido una inversión total. La dominación y el pecado se han transformado en el fundamento de la realidad. La praxis perversa es ahora bondad y justicia. La ideología -como encubrimiento de la realidad de la dominación- viene a justificar la praxis de la carne y el mundo como si fuera del Reino mismo de Dios.

3.7. MORALIDAD DE LA PRAXIS

Una vez invertido el universo práctico dentro del sistema moral del orden vigente, los actos son buenos o malos desde ese mismo sistema.

Los clásicos definían la «moralidad» como la relación esencial con la norma o ley. Kant exigía amar la ley; para Tomás de Aquino esa relación del acto a la ley determinaba su moralidad. De ahí se deduce, como podrá fácilmente comprenderse, que una vez que el sistema del mundo se ha afirmado como el fundamento o la ley del acto, la moralidad depende de la realización del sistema mismo. Es *moralmente* «bueno» un acto que se adecue o cumpla con los fines del sistema vigente. Si pago los impuestos, el salario mínimo, etc. , exigidos por la ley, soy un hombre «justo», «bueno». Quizá la ley sea injusta, los impuestos insuficientes, el salario de hambre, pero todo ello queda *fuera* de la posible consideración moral.

Por su parte, la *moralidad* negativa o perversa es la pura no realización de la norma. El ladrón que roba por «vicio» es menos malvado que el profeta que critica al sistema como totalidad. Barrabás y Jesús son ambos «malos» para la moralidad judía y romana de su tiempo; lo mismo que Juan del Valle, obispo de Popayán, que por defender a los indios era considerado por los encomenderos como «el *peor* obispo de las Indias» (esto en el siglo XVI en Latinoamérica).

De esta manera, respetando y amando la ley del sistema vigente, sus normas, sus fines, sus valores, el mismo dominador (pecador) es para el mundo, sin embargo, justo, bueno. El «príncipe de este mundo» es ahora el juez de la bondad y maldad. La moralidad misma ha sido invertida. Es la «sabiduría del mundo» hecha norma.

3.8. CONCIENCIA «MORAL»

Para completar el círculo, el «mundo» forma o educa la conciencia «moral» de sus miembros según los criterios de la carne.

Para los clásicos la «conciencia *moral*» era aquella facultad de la inteligencia práctica que aplicaba los principios morales a los casos concretos. El principio dice: «¡No robarás!» En este caso concreto deseo apropiarme de un bien del otro -así juzgado por el sistema de las prácticas morales vigentes-. Mi conciencia me dicta: «¡No lo hagas, porque te constituirías como responsable a la pena que se determina para aquellos que roban algo!» Si robo, sin embargo, mi conciencia me recrimina, me acusa, y produce la culpabilidad subjetiva ante el acto malo.

Si la conciencia «moral» ha sido formada dentro de los principios del sistema, me recriminará si no cumplo las normas del sistema, pero no podrá recriminarme que el sistema como *totalidad* es perverso (ya que la conciencia *aplica* los principios, pero no los constituye). De esta manera, el robo de propiedad privada ajena constituida es falta moral, y la conciencia me lo indica. Pero mi propiedad privada, que pudo ser *desposesión del trabajo del otro* originariamente (véase 11.6) (aunque acon-

teciera inadvertidamente a mi conciencia), aparece como legítima y buena -y nadie debe tocármela-. Hay aquí *ceguera* con respecto al hecho de que la propiedad privada que el trabajador no tuvo del producto de su trabajo es acumulación ilegítima, como propiedad del capital de fruto de su trabajo, que se le robó previamente *sin* conciencia.

De esta manera, la conciencia «moral», a partir de los principios morales del sistema dominador, crea una conciencia tranquila, que no remuerde, ante una praxis que el sistema aprueba pero que puede ser originariamente perversa, de dominación.

3.9. EL POBRE POR «NATURALEZA»

En el orden del mundo, según la carne, el sistema de las prácticas del pecado, de los dominadores y de los «ricos», los «pobres» (véase 2.7), como los esclavos o los indígenas conquistados de Aristóteles y Ginés de Sepúlveda, lo son «por naturaleza» (*fysei* en griego), es decir, desde su nacimiento, pero aún más, por designio eterno de los dioses.

Para los griegos, «desde la *naturaleza* unos se manifiestan como dioses, otros como hombres, unos como libres y otros como esclavos». Nadie es culpable de la pobreza del pobre; ninguna falta de ninguna libertad es la fuente creadora de la injusticia. El «pobre» es pobre por inclinación natural, por mala disposición de su cuerpo o alma, por vagancia, por falta de virtud o simplemente por mala suerte (del destino o la providencia). Una teología de la resignación justifica el hecho del «pobre» diciendo: «¡Dios así lo quiso!»

Hay otra teología tan nefasta como la primera, cuando se propone el amor y la reconciliación de los «ricos» (el pecador dominador) (véase 2.8) con los «pobres» (el oprimido y asesinado por el pecado) sin que se hayan dado las condiciones objetivas del *perdón*. Para que haya perdón debe antes haber clara conciencia de la culpa (del pecador: el rico) y justa reparación (previo arrepentimiento y dolor del pecado), como da el buen *Catecismo* de Ripalda. Sin una igualdad real y objetiva de las dos personas, comunitaria e histórica, que signi-

fica que el «rico» ya no lo es, y tampoco pobre el «pobre», no puede haber reconciliación.

Afirmar que la pobreza del pobre (su muerte) es por naturaleza la voluntad de Dios, o pretender la reconciliación *antes* de odiar al mundo y hacer justicia, son propuestas de una teología de la dominación.

3.10. LA «CRUZ» COMO EFECTO DE LA REPRESIÓN DEL PECADO

No sólo el pobre muere habitualmente para dar con su sangre vida al ídolo -aunque sea este fetiche un Estado cristiano europeo o una civilización occidental y cristiana-, sino que igualmente son asesinados los profetas y los héroes.

Babilonia está «ebria de la sangre de los consagrados» -escribe el profeta-, o «fueron encontrados hoy los cadáveres de tres personas muertas a tiros» -del diario citado-. Todos aquellos que arriesgan su vida por rescatar la vida que los pobres pierden cada día como culto al ídolo, corren el riesgo de ser asesinados por la represión. Lo que el sistema (el mundo, la carne) más teme son los «maestros» que puedan despertar al pueblo y conducirlos hacia la liberación de la opresión (económica, política, ideológica, religiosa...) del pecado.

«Los sumos sacerdotes y los letrados se enteraron; como tenían miedo... buscaban la manera de asesinarlo» (Mc 11,18). Cuando el sistema de las prácticas morales y sociales de dominación comprende que el profeta denuncia su maldad, su injusticia (destruye así el *consenso* de la masa oprimida, pone en cuestión la hegemonía o la dominación ideológica que justifica el pecado), debe eliminar físicamente al crítico, al disidente, al mártir: el que testimonia el Reino futuro de justicia.

La represión final de un sistema (véase 9.8), el momento en el que la opresión cotidiana del sistema aumenta por una nueva y más perversa manera de violencia institucional -que la cumplen los ejércitos, las policías, los grupos paramilitares como los «escuadrones de la muerte»-, hace prever que llega la hora de «manifestar la gloria» (Jn 17,1-26).

Conclusiones

Hemos avanzado un paso más. La negación de la «comunidad» por el pecado, la maldad y la muerte del pobre se ha tornado ahora una «sociedad», donde las relaciones entre los individuos quedan institucionalizadas desde un «principio» de maldad, injusticia: el Reino de *este mundo*, Babilonia. El pecado, la dominación del hombre sobre el hombre no sólo no es exclusivamente individual, sino que aun su socialidad ha cobrado forma histórica, concreta. Tiene su principio trascendental (el Maligno, el Dragón), un principio inmanente a la historia (la Bestia, en aquel entonces el Imperio romano) y sus reyes a su disposición, sus ángeles para cumplir sus mandatos (todo «rico», pecador, dominador en cuanto sujeto del pecado o de la praxis que instrumenta al prójimo como «cosa»).

Cabría, como repaso, hacernos en grupo de discusión las siguientes preguntas:

¿Cómo se distingue «moral» de «ético» y «social» vigente de «comunitario»?

¿Cómo explicar con palabras actuales lo que es el «mundo» y la «carne» para la Biblia?

¿Por qué Babilonia representó para los judíos y los primitivos cristianos la figura del «orden de dominación»?

¿Cómo puede tornarse un sistema perverso aparentemente bondadoso, moral?

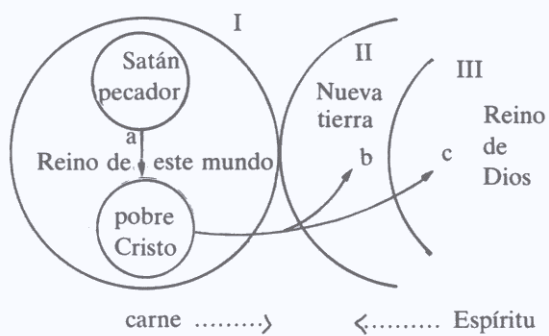
¿Cuándo el «pobre» es afirmado en su pobreza como el fruto de la voluntad de Dios?

¿Por qué murió Jesús, los mártires y los héroes en la «cruz»?

REPRESENTACION SIMPLIFICADA
Y ESQUEMATICA DE LAS CATEGORIAS
PRINCIPALES USADAS

Babilonia>

<..... Jerusalén



- I. Orden de la moralidad social.
- II. Proyecto utópico histórico.
- III. Proyecto utópico escatológico.
 - a. Praxis de dominación o pecado.
 - b. Praxis de liberación histórica.
 - c. Praxis de liberación escatológica.